

PROMISE



Promise

¿Crees
en los
Milagros?

WENDY WUNDER

Traducción del inglés de
Elisabeth Falomir

LUNA  ROJA

Primera edición: febrero de 2012

Realización de la portada: Maria Bergós sobre un diseño de Puffin
Diseño y maquetación del interior: Marqués, SL
Imagen de la portada: Morguefile y Shutterstock

Título original inglés: *The Probability of Miracles*

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Derechos cedidos a través de Rights People (Londres)
© 2011 Alloy Entertainment (Nueva York)
© 2012 Elisabeth Falomir, de la traducción
© 2012 La Galera, SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

Luna Roja es un sello de La Galera

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 — 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV2249. Km. 7,4
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-568-2012

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4154-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Dedicado a G y a C



*Hay dos maneras de vivir la vida.
Una es hacer como si los milagros no existieran.
Otra es hacer como si todo fuera un milagro.*

ALBERT EINSTEIN



UNO



Cuando el padre de Campbell murió, le dejó 1.262,56 dólares, todo lo que había podido ahorrar en sus veinte años como bailarín de la danza del fuego en el espectáculo *Espíritu de Aloha* del hotel Polinesia de DisneyWorld. Casualmente, esa era la cantidad exacta que su gordo tío Gus pedía por su Volkswagen Escarabajo de 1998 de color niebla, el único que vale la pena tener si quieres un VW Escarabajo. Cam llevaba codiciándolo desde que tenía seis años, y mereció cada penique que le costó. Se fundía en la neblina como un coche invisible, y cuando lo conducía, ella misma se sentía invisible, invencible y sola.

Pensaba que así es como uno se siente cuando va al cielo.

No es que creyese en el cielo, o en Dios (especialmente en un dios masculino), o en Adán y Eva, como todos esos mormones de Florida. Creía en la evolución: a los peces les salieron patas; a las ranas, pulmones; a los lagartos, pelo; y los monos necesitaron caminar erguidos para atravesar la sabana. Fin de la historia.

Tampoco creía en la Inmaculada Concepción, pero puedes meterte en un buen problema si vas diciendo por ahí que seguramente la Virgen María se quedó preñada como

les pasa al 20 % de las adolescentes de Florida. Es una idea que es mejor guardar para uno mismo.

Porque mucha gente necesita su dosis de milagros. Mucha gente sí cree en la magia. La magia es necesaria para aquellos que pueden pagarse una semana en el Park Hopper mientras se hospedan en el hotel Gran Florida. La magia, y esto Cam lo sabía tras una vida trabajando para Mickey Mouse, es más un privilegio que un derecho.

Cam aspiró el aroma a plumeria del ambientador del coche. La plumeria es un fuerte afrodisíaco hawaiano, pero como nunca había tenido compañía al volante, solo había servido para que ella se enamorara más profundamente de su coche, que era masculino. Lo llamó Cúmulo.

Ahora mismo, Cúmulo estaba aparcado en el nivel Cebra dentro del aparcamiento del hospital infantil. Cam generalmente aparcaba en el nivel Koala; prefería el mural de eucaliptos y los suaves tonos grises y apagados a la crudeza del rayado blanquinegro del nivel Cebra. Pero cuando llegó, dos horas antes, no había ningún sitio libre.

Si hubiese estado un poco más receptiva, lo habría tomado como una señal. Esta cita no iba a ir bien. Había llegado un punto en el que las cosas se verían en blanco y negro, sin matices. Los buenos tiempos grisáceos habían terminado.

Una familia de cuatro miembros salió del ascensor del aparcamiento.

La madre trataba de agarrar la mano de un niño de cuatro años de aspecto bastante saludable que daba saltitos torpes y descontrolados con sus zapatillas de Spiderman con luces rojas parpadeantes a los lados. Una niña enferma y calva de unos dos años, con un vestido rosa, reposaba

dormida en brazos de su padre, que se dirigía con aire distraído hacia el coche familiar, planteándose seguramente cómo había cambiado su vida hasta convertirse en aquello.

Cam conocía esa sensación. Necesitaba hacer algo —empacharse de comida y luego vomitarla, emborracharse, fumar un cigarrillo, algo— para quitarse de encima esa sensación. Sus manos temblaban mientras abría la guantera y revolvía el interior por si su madre había escondido cigarrillos allí. Sus dedos notaron un borde afilado.

«¿Qué tenemos aquí?», se preguntó mientras extraía de la guantera una cuartilla de papel. Crujió cuando la desplegó. Al principio no le pareció que la caligrafía fuese suya. El lápiz había grabado las letras a la fuerza en el papel. Las oes eran muy redondas y las consonantes se mantenían orgullosamente rectas, como si la escritora supiese que tenía todo el tiempo del mundo. La escritura de Cam de los últimos meses se había transformado en un revoltijo vago y torpe propio de una mujer mayor.

LISTA FLAMENCO

Perder la virginidad en una fiesta de la cerveza.

Que un idiota me rompa el corazón.

Sumirme en la tristeza, el sollozo y el abatimiento y dormir durante todo un sábado.

Crear una situación incómoda con el novio de mi mejor amiga.

Ser despedida de un trabajo de verano.

Tumbar vacas.

Destrozar los sueños de mi hermana pequeña.

Acechar a alguien de forma inocente.

Beber cerveza.

Salir toda la noche.

Robar en alguna tienda.

Cam se quedó mirando la hoja de papel. No había visto esa lista en casi un año, desde que la escribiera en la litera superior del barracón 12 del Campamento de Motivación Shady Hill para chicas adolescentes, perdido en medio de los bosques occidentales de Carolina del Norte. El folleto promocional, que prometía «ayudar a las chicas a encontrar su fuerza interior y redirigir la timidez hacia una vida de diversión», consiguió que Cam se estremeciera al leerlo. Pero había querido pasar más tiempo fuera del hospital con su mejor amiga, Lily, y esto era bastante mejor que convertirse en monitor en un «campamento de enfermos», donde el horizonte de cabezas calvas, los carritos médicos haciendo la ronda con botes de pastillas tintineantes y las visitas caritativas de algún rostro famoso de cuando en cuando eran un recordatorio constante y deprimente de su situación. En Shady Hill, sin embargo, eran participantes normales y corrientes, Las Flamenco. Cada barracón tenía que elegir el nombre de un ave, y ellas se decantaron por aquel que más difícilmente se puede encontrar en los bosques. Aquel que no pasa desapercibido en su entorno. Como ellas.

Cam cerró los ojos y apoyó su cabeza contra el reposacabezas de Cúmulo. Casi podía escuchar la voz de Lily:

—...Entonces apartas la lista, dejas de pensar en ella y, poco a poco... con el paso del tiempo, el simple hecho de haberlo escrito hará que se produzca.

Durante el verano, Lily se había aficionado a los libros de autoayuda que encontraba en la «biblioteca» del campamento. Mientras el resto de chicas se refugiaban a escondidas en las amarillentas páginas de *Acción después de clase* o *Graduado en pasión* que el primo de alguien había escondido debajo de una tabla del suelo de la biblioteca, Lily leía sobre las «autoafirmaciones». Pasaban la tarde frente al espejo roto y gastado del baño del barracón diciéndose a sí mismas que eran bellas, poderosas y dignas. Lily leía sobre las «visualizaciones», y se reían mientras cerraban los ojos e imaginaban un haz de luz multicolor purificando sus órganos enfermos. Y luego estaba la lista.

—Lil —dijo Cam, pero Lily se había puesto ya en marcha, retorciendo con sus dedos un mechón de la parte verde de su pelo, mientras recitaba en voz alta:

—No puedes escribirlo en el ordenador ni en un mensaje de texto, tienes que escribirlo a mano en un papel, al estilo tradicional. Y no puedes enseñárselo a nadie, porque entonces no se cumplirá.

—Vamos, Lily, no me digas que te crees eso. ¿Lo escribes y ocurre?

—Claro que no me lo creo. Pero deberíamos hacerlo igualmente, solo por las risas que nos echaremos. Toma —dijo, y le lanzó a Cam un lápiz naranja tamaño extragrande que había comprado en la tienda de regalos de Davis Caverns en la última excursión al campo que habían hecho en el campamento—. Empieza a escribir. Todo lo que quieras hacer antes de morir.

Cam garabateó en el margen superior de su cuaderno.

—¿Cómo la llamamos? —preguntó a Lily, que ya había

empezado a escribir frenéticamente—. «Lista de asuntos pendientes» queda muy viejuno.

—¿De qué otra manera se puede decir «estirar la pata»? ¿Criar malvas? La llamaremos la Lista Malva —respondió Lily sin despegar la vista del papel.

—Ni se te ocurra —dijo Cam.

—Pues no sé, Campbell —suspiró Lily—. Llamémosla entonces la Lista Flamenco.

—¿No crees que suena un poco estúpi...?

—Tú simplemente escríbelo.

Cam suspiró. Escribió «Lista Flamenco» con letras mayúsculas grandes, y después pensó qué iba a incluir en ella. Decidió que tenía que ser algo realista. Lo que realmente echaba de menos desde que se puso enferma era la normalidad. Por eso fue a Shady Hill en lugar de al Campamento Cáncer, aun cuando los barracones apestaban a mohó. Puede que precisamente porque apestaban a mohó. Cam buscaba una vida que estuviese enmohecida. Metafóricamente hablando. Así que preparó una lista de todo lo común y corriente que ella podría echar de menos si no conseguía superar la adolescencia. Como «Perder la virginidad en una fiesta de la cerveza», escribió. O «Sumirme en la tristeza, el sollozo y el abatimiento y dormir durante todo un sábado»...

—¿Cómo crees que será? —interrumpió Lily. Ya había terminado su lista y se sentaba vacilante en la litera, mordisqueando la punta de su lápiz.

—¿Cómo crees que será qué? —preguntó Cam. Lily podía empezar una conversación por la mitad, olvidando que Cam, que no habitaba en el cerebro de Lily, simplemente no conocía su principio—. ¿El último curso? ¿Las

olimpiadas de invierno? ¿El baile de graduación? ¿El sexo?
¿La cena de esta noche?

—La muerte —respondió Lily.

—La muerte. —Cam se quedó en silencio—. Bueno, supongo que estarán el túnel y la luz blanca y mirar desde fuera tu propio cuerpo...

—No sabía que tú creyeras en la vida después de la muerte —dijo Lily.

—Y no creo —respondió Cam—. Las supuestas «experiencias cercanas a la muerte» son tan solo procesos neurológicos. Una gran ensoñación producida por ingentes cantidades de hormonas liberadas por la glándula pituitaria. Todo eso lo genera la dimethyltryptamina, no Dios.

—Oh —exclamó Lily, decepcionada. Y miró a través de la ventana.

—¿Y tú cómo crees que será?

—Creo que será oscuro al principio. Tiene que haber oscuridad cuando tu cuerpo deje de funcionar. Entonces, un brillante puente multicolor aparecerá en la negrura, y las estrellas centellearán alrededor, iluminando el camino hacia el Mundo de los Espíritus.

Cam esbozó una sonrisa.

—¿Mundo de los Espíritus? Espera, déjame que consulte mi atrapasueños...

—El cielo —dijo Lily—. Yo creo en el cielo.

Cam abrió los ojos y miró fijamente el lóbrego espacio subterráneo que era el aparcamiento. «Ya va siendo hora de tachar algunos de estos», pensó, echando una segunda

mirada a la lista. Como el último propósito de la lista parecía ser el único que dependía enteramente de su voluntad en ese momento, empezaría por ese.

Llamó a Lily.

—¿Qué crees que debería robar, querida quimioamiga?

—¿Qué? —La voz de Lily era áspera y grave, como si se acabara de levantar.

—Está en la lista.

—¿Qué lista? —Cam podía escuchar el crujir de las sábanas y la cama chirriando al tiempo que Lily se incorporaba.

—¿Recuerdas aquella lista del campamento de verano?

—¿Por qué robar en tiendas está en tu Lista Flamenco? —preguntó Lily, exasperada—. Además, Campbell, se supone que no debes forzarlo. Simplemente tienes que dejar que ocurra.

—Siento la necesidad de acelerarlo un poco todo —dijo Cam. Dejó que su frente se posara sobre el volante y rodó la cabeza a lo largo de su arco superior.

—Entonces llévate algo de bálsamo labial. Se me acaba de terminar —sugirió Lily. Cam se la imaginaba perfectamente torciendo la vista mientras inspeccionaba sus labios reseco en el espejo.

—¿Y qué más? —preguntó Cam.

—Un flamenco de plástico de la tienda de todo a un dólar —soltó Lily—. Como esos que se ponen de adorno en los jardines.

—Eso es todo un reto.

Cam levantó su cabeza del volante y acarició su coche.

—A Naturmarket, Cúmulo —dijo, y salieron de allí.